

DOS MUJERES Y UN REY

VUELVE a recordarse la figura humillada y melancólica de Enrique IV de Castilla, y con ella reviven también las de Doña Blanca de Navarra y Doña Juana de Portugal, madre infausta de la Beltraneja.

El primero alojó en su tiempo y en la historia la fama de un hombre adusto, pusilánime y perverso, cuya impotencia vió el pueblo complicada con vergonzosos vicios. Doña Blanca de Navarra, su primera esposa, caso emocionante de infortunio sin compensaciones y de dignidad femenina, hubo de regresar a sus tierras de Francia, anulado el matrimonio, después de doce años de convivencia pesarosa y estéril. En la sentencia anulatoria se dice que dos dueñas honestas y expertas cataron a la Princesa y la hallaron *virgen incorrupta como había nacido*. Pero a pesar de la impotencia del Rey, que aparecía confirmada con este fracaso matrimonial, atribuído a maleficio por los amigos de Don Enrique, la verdad es que el divorcio se hizo con vistas a un segundo matrimonio. Doña Juana es la nueva esposa, hermana del Rey de Portugal, linda señora morena, como la describe un viajero, que llega a Castilla con un séquito de doce doncellitas ligeras dispuestas a perturbar a todos los hombres de la corte. Los severos cronistas pudieron anticipar graves conjeturas en cuanto a la conducta de esta Princesa y de sus damas, y luego las confirmaron apasionadamente. Así es como en el estigma de Don Enrique y en la vida exterior de Doña Juana se funda el problema histórico de su hija a quien se dió, a poco de nacer, el mote de la Beltraneja.

En su *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*, el doctor Marañón se ocupa especialmente de Don Enrique y de Doña Juana. Su propósito ha sido el de aplicar a este rey infamado y a algunos de los seres que vivieron junto a él, la luz de los recientes hallazgos en la fisiopatología del carácter y de los instintos. Y de ello resulta que Don Enrique no fué tan impotente y que Doña Juana no merece el oprobio arrojado sobre su memoria.

Hay en el libro de Marañón un afán de pulcritud y de comprensión que invita a la piedad o a la simpatía. Piedad para el hombre, primera víctima de una miseria impuesta por su constitución y su herencia, y simpatía hacia la reina desdichada que no fué hecha con el bronce de los héroes, como la grande Isabel,

pero cuya frágil arcilla alcanzó a encenderse con una conmovedora gracia de feminidad.

Este ensayo tiene, además del ilustre precedente de Kretschmer con sus aportaciones acerca de la morfología y el carácter, el del doctor Sanchís Banús con su trabajo sobre el Príncipe Don Carlos, en España. Pertenece a un tipo de diagnósticos retrospectivos, ya muy corrientes, cuya importancia queda revelada, como advierte Marañón, por la frecuencia con que los destinos públicos han sido manejados por individuos enfermos o anormales. Esta anormalidad puede actuar, y así ocurre en no pocos casos, favorablemente. Pero también suele tener una influencia desquiciadora y ser una calamidad para los pueblos que la padecen. Tal era la de Enrique IV.

Examinados los datos históricos y las referencias contenidas en crónicas y documentos, Marañón ve en Don Enrique un degenerado esquizoide con impotencia relativa producida sobre condiciones orgánicas y extremada por caracteres psicológicos determinados. Se trata luego de verificar este diagnóstico mediante el examen de la morfología. Una descripción muy certera de Diego Enríquez del Castillo, capellán y cronista del Rey, proporciona varios rasgos que, en efecto, corresponden a lo que el médico llama un displásico eunucoide con reacción acromegálica. Pertenecen a esta morfología la talla larga, desmesurada, que don Enrique heredó de su padre, el cuerpo recio y mal tallado, la piel muy blanca, la voz suave, la mandíbula saliente, los dientes enérgicos y mal implantados, la cabeza grande, la frente ancha, las cejas y los pómulos prominentes, las sienas hundidas, los miembros fuertes, las manos grandes con dedos largos y poderosos y las piernas muy largas. Todos los detalles de este retrato coinciden con el cuadro de la displasia eunucoide, menos uno: el de los pies delicados. Sin embargo, una variante de la misma descripción que existe en la Biblioteca del Escorial dice que los pies eran *a la planta muy corvos y los calcaños volteados afuera*, o sea pies valgos como suelen tenerlos algunos displásicos eunucoides.

Sabido es que la relación entre el carácter y la morfología está lejos de ser arbitraria. La intuición popular la ha entrevisto acertadamente al unir hasta la sepultura el genio y la figura. Ernesto Kretschmer ha sido el primero en exponer, sobre esta base, los fundamentos de una nueva caracterología psiquiátrica. Sus trabajos iniciales se abren con esta interrogación: ¿Cuál es la sede del espíritu? ¿Dónde reside el alma? Hay un viejo y desbaratado ensayo que aspiró a un diagnóstico psíquico valiéndose de la estructura del cráneo. Es la frenología, fundada por

Francisco José Gall, hermana en suerte con la fisiognómica de Lavater. Las definiciones temperamentales de la antigüedad clásica prescindieron, por el contrario, del cerebro y expresaron la creencia común de que el alma reside en la sangre y en los jugos orgánicos. Las recientes investigaciones sobre las glándulas de secreción interna han venido a reanimar aquella noción antigua. Kretschmer observa que si el desarrollo funcional del tiroides se altera en un individuo, éste permanece enano y presenta, desde el punto de vista psíquico, el cuadro de la imbecilidad cretínica. Las glándulas genésicas ejercen una doble acción análoga sobre el temperamento y el crecimiento del cuerpo. Las sustancias que en la sangre vierten las glándulas endocrinas operan inhibiendo o estimulando el crecimiento corporal y el desarrollo psíquico.

Si esto es cierto—dice Kretschmer—habremos obtenido nuevas perspectivas sobre la relación entre la estructura corporal y el carácter, y no será, en consecuencia, posible que en no importa qué cuerpo resida un alma cualquiera, como el contenido de un frasco puede llenar el continente de otro distinto, sino que hay una *fórmula endocrina* unitaria, una estructura química única, de la cual es producto la individualidad total del hombre, tanto corporal como psíquica. Todo se halla, pues, predeterminado por el plan total de la personalidad, incluso la más pequeña raíz de un cabello. Gentes de espesa cabellera poseen espíritu diverso que los sujetos de amplia calva y tipos de gruesa nariz otro muy diferente que los de nariz fina.

Fundado en las experiencias y observaciones de Kretschmer, así como en las que él mismo ha venido practicando, Marañón comprueba en la morfología ya descrita de Don Enrique su diagnóstico de que se trata de una personalidad esquizoide, lo cual aparece a la vez corroborado por numerosos rasgos históricos. Esa misma morfología se combina también frecuentemente con tendencias a la perturbación del instinto. La tortuosa sexualidad de estos individuos se origina en la misma irregularidad funcional que acarrea los desórdenes del crecimiento. La insuficiencia padecida por el monarca se hallaba asimismo trabada con factores psicológicos entre los cuales ha debido tener gran importancia el complejo de inferioridad.

Un detalle morfológico en el que Marañón se detiene especialmente, porque confirma su diagnóstico, es la frialdad húmeda de las manos, descrita por él con el nombre de *manos hipogenitales*. La interpretación de este síntoma ha sido, como no es raro, anticipada por la perspicacia popular, puesto que el refrán español sentencia: *manos frías, amor para un día; manos calientes, amor para siempre*. Las de Don Enrique eran manos heladas y húmedas. Completan el cuadro de esta personalidad la tendencia al

exhibicionismo y la aberración del instinto, ambas relacionadas entre sí y a la vez coincidentes con la estructura morfológica.

Tanto los antecedentes históricos indicados por Marañón como lo que dentro de su libro cabe llamar el ensayo biológico propiamente tal, autorizan su conclusión de que la impotencia de Don Enrique sólo fué relativa, lo cual significa que el monarca pudo ser, en efecto, el padre de Doña Juana la Beltraneja. La idea es anterior a las luchas promovidas por la sucesión del trono de Castilla y terminadas con la paz de Alcántara, pero ahora recibe, con las investigaciones del médico español, un apoyo que hará necesario considerarla en toda alusión al misterio de la Beltraneja.

Mas el misterio seguirá siendo misterio. No hay prueba alguna de la paternidad de Don Enrique, como tampoco la hay, efectiva, de la de Don Beltrán de la Cueva, favorito del Rey, y cuyo nombre proporcionó a la opinión popular el mote destinado a la primera hija de la Reina. Sólo queda la conducta liviana de esta princesa y su confianza con Don Beltrán, especie de Don Juan jactancioso, también con evidentes aberraciones del instinto, en apoyo de la sospecha infamante. Y esa conducta liviana, que perdió a la Reina, no era más grave que las diversiones sin las cuales, según todas las apariencias, no puede vivir la mejor de las muchachas «modernas». Ciertamente es que si la maledicencia popular no tuvo en el caso de la Beltraneja mayor fundamento, encontró después una confirmación en el amor de la Reina con don Pedro de Castilla, el Mozo. Este fué, al parecer, su único amante, y doña Juana guardó hacia él una fidelidad heroica y apasionada cuyos rasgos admiran y conmueven.—R. C A B R E R A M É N D E Z.

BIOLOGIA DE BELGICA

(*Valones y Flamencos*)

LA pequeña Bélgica se halla dividida en dos regiones alejadas por un enojoso diferendo lingüístico, reunidas por una caparazón política que razones económicas defienden, y empujadas la una hacia la otra con mayor agresividad durante el período de la guerra y de la post-guerra. Flamencos y valones no pueden entenderse después de cien años de convivencia. Todos los intentos realizados para dar fin a las pendencias lingüísticas han sido vanos y en algunas circunstancias peligrosos pa